ESTÍBALIZ GABILONDO

A un palmo del suelo

mr

divinitybooks.

Estíbaliz Gabilondo

A un palmo del suelo

mr̄

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2016, Mediaset España Comunicación, S.A.
© 2016, Estíbaliz Gabilondo
© 2016, Editorial Planeta, S. A.
Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com
ISBN: 978-84-270-4258-2
Depósito legal: B. 10.933-2016
Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.
Impresión: Cayfosa, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

Capítulo 1

La primera vez que Pepa Sorski Pérez voló tenía tres meses, aunque nadie se dio cuenta. Se elevó apenas un palmo por encima del cuco pero, como era invierno, la manta tapó el milagro. Era domingo. Su madre planchaba la camisa de rayas del abuelo, mientras le voceaba a la tele todas las respuestas del concurso de la tarde. La madre de Pepa tenía muy malas pulgas con la tele.

—¡Félix Rodríguez de la Fuente! ¡Félix Rodríguez de la Fuente! ¡Félix Rodríguez de la Fuente! ¡Félix Rodríguez de la Fuente!

—Que no te oyen, Dolores, por Dios... —murmuraba siempre la abuela desde el sofá, sin levantar la vista del ganchillo.

—Un día voy a ir yo, verá, Irina, y se van a enterar. ¡Félix Rodríguez de la Fuente, narices!

Y mientras Dolores amenazaba a la tele con la plancha y la abuela suspiraba detrás de sus labores, Pepa Sorski empezó a levitar dentro de su cuco. En medio de todos los gritos, su cuerpecito de cinco kilos y doscientos dieciséis gramos decidió ignorar las leyes de la gravedad por primera vez. Pero nadie lo vio.

Tuvo que llegar el verano para que el milagro se descubriera por fin. Era el cumpleaños del abuelo y toda la familia se había reunido en el patio de la casa de los

abuelos para celebrarlo. Hacía un calor espantoso, apenas se podía respirar, pero a la sombra de la higuera la vida se veía de otro color. Cuando se hacía el silencio entre los comensales, cosa que no pasaba muy a menudo, el riqui-raca del abanico de la tía Inés se convertía en una especie de mantra hipnótico que le ponía la guinda a la felicidad. A Pepa la tenían metida en su moisés, junto a la mesa, y dormía plácidamente, medio desnuda.

Llegados al postre, la abuela Irina sacó la botella de cava para brindar. Mientras el abuelo se afanaba en descorcharla, la abuela partía su deliciosa tarta de manzana y miel, típica de Bielorrusia, de donde ella era oriunda. Y entonces, se armó el belén.

—Yo a Solchaga no lo veo de ministro de Economía —soltó de repente el tío Ignacio—. ¿González se ha pensado que los ministros son intercambiables, como cromos? Ése va a durar dos telediarios, te lo digo yo.

—Anda, anda, ya está el listo... ¿Qué sabrás tú, inútil? —respondió Dolores.

—Ay, madre... —La abuela suspiró y se metió un trozo de *sharlotka* en la boca para no decir más.

Era un clásico de la familia Pérez. Vaya usted a saber por qué, pero no había sobremesa en la que Dolores y su hermano Ignacio no acabaran enzarzándose en alguna discusión absurda.

—¡Que no me llames inútil!

—Boyer era un desagradable y punto pelota. Mucho mejor éste, más majo.

—Pero es que el Gobierno no es un concurso de Miss Simpatía, Loli, es un Gobierno.

—Bah, no tienes ni idea. Y no me llames Loli, leches, que no me gusta.

—¿Qué pasa, *Loli,* que los fontaneros somos idiotas? Claro, como ella ha estudiado, no se le puede discutir nada. La marisabidilla de los cojones.

—Lo que pasa es que tú no has leído tres líneas seguidas en tu vida, y cualquiera que haya leído las instrucciones de la batidora te impone.

—Haya paz... —dijo la abuela Irina, pero como quien oye llover. Dolores e Ignacio, acostumbrados a relacionarse a voces, ya estaban entregados al placer de la discusión sin sentido. Y en medio de todos los gritos, Pepa Sorski volvió a volar. Su cuerpecito de seis kilos y ochocientos tres gramos decidió ignorar las leyes de la gravedad por segunda vez. Y en esta ocasión, todos lo vieron.

El tío Ignacio fue el primero en darse cuenta. Al descubrir a Pepa, enmudeció y se puso pálido de golpe. Los demás, intrigados al ver su cara, se giraron para ver qué ocurría. La mesa entera quedó en un silencio sepulcral. Pepa estaba suspendida en el aire, volando, quieta, mirándolos con cara inerte. Flotaba como si tal cosa, flotaba como si no estuviera flotando, a un palmo de su cuco. Estuvo así diez largos segundos y, durante ese tiempo, nadie pestañeó. Todos la observaban, como esperando que pasara algo más, cualquier cosa. Que de golpe saliera despedida hacia el cielo como un cohete o que se echara a hablar de repente. Algo. Pero no. Igual que había subido, el cuerpo de Pepa volvió a bajar. Suavemente. Y ahí se quedó, en el cuco, como si no hubiera pasado nada.

—Lo sabía... —murmuró en ruso para sí la abuela y se tapó la cara con las manos. Los demás seguían atónitos, mirando a Pepa con la boca abierta.

Entonces, de sopetón, el silencio sepulcral se rompió. Una explosión de tos descomunal lo quebró y lo agitó,

como un terremoto. Era el tío Ignacio, que, con las manos en el cuello, intentaba desesperadamente escupir una bola de *sharlotka* que se le había quedado atragantada. La conmoción de ver a su sobrina volando le había pillado tragando el pastel y todo el mundo sabe que las emociones fuertes no son compatibles con la deglución. El pobre tío Ignacio se balanceaba adelante y atrás, venga a toser, peleando a muerte contra sí mismo. A la tos, le siguió el ahogo. Como el aire no podía pasar, las venas del cuello se le empezaron a hinchar y la cara se le puso roja como un tomate. Todos contemplaban el espectáculo paralizados, sin saber qué hacer.

—¡Ignacio, por Dios! ¡Respira ya! —le gritó Dolores, como si su hermano estuviera ahogándose por gusto.

Después del color rojo, vino el morado. La cabeza del tío empezaba a parecerse tristemente a una lombarda. Sus ojos, inyectados en sangre. Todos seguían paralizados en la mesa, bloqueados por la sucesión de emociones. Por fin, el abuelo consiguió reaccionar. Se levantó de un salto, cogió al tío por debajo de las axilas para levantarlo e intentó aplicarle una suerte de maniobra Heimlich. Hasta tres veces le apretó el abuelo el abdomen con todas sus fuerzas sin éxito. A la cuarta, por fin, la bola de *sharlotka* salió despedida desde su boca como un cohete ruso, saltó el murete del jardín y fue a parar al jardín del vecino. Pero ya era demasiado tarde. El tío había perdido el conocimiento y se había desplomado sobre el suelo. No murió. Pero el cerebro había estado demasiado tiempo sin oxígeno. Nunca más pudo hablar. El don de Pepa acababa de poner fin a las bulliciosas sobremesas de los Pérez. Para siempre.

Capítulo 2

La abuela Irina se lo veía venir. Desde el mismo día en que nació Pepa, sospechó que no era como los demás bebés. Dolores le había contado que no había llorado en el parto y eso hizo saltar todas las alarmas. No lloró nada. Ni siquiera cuando le dieron el cachete. Y eso que se lo dieron tres veces.

—¡Oiga! —le gritó Dolores a la matrona, aún jadeando por el esfuerzo—. ¿Pero qué hace, señora? Deje de golpear a mi hija, narices. ¿Se ha pensado que es un balón?

Pero como no lloraba, mandaron llamar al pediatra de urgencia. Era muy mala señal. El médico le hizo una revisión exhaustiva ahí mismo, en el paritorio. Dolores no le quitaba ojo de encima a su hija, con el corazón en un puño y las piernas aún abiertas de par en par. Después de unos minutos, que a Dolores le parecieron siglos, el doctor por fin tenía un diagnóstico.

—Esta niña está perfectamente.

—¿Y por qué no llora, doctor?

—No tendrá ganas. Ya llorará.

Pero no lloró. Nunca. Jamás. Pepa había resultado ser de las que llevaban la procesión por dentro.

—Qué buena es mi hija —repetía Dolores en todas partes, presumiendo—. Nunca la hemos oído llorar. Jamás.

Cuando iba al mercado, Dolores se deshacía en halagos delante de todo el que quisiera escuchar. Mientras, la abuela se mordía la lengua y miraba para otro lado. Ella sabía que no era cosa buena que la niña no llorara. Pero intentar explicárselo a Dolores habría sido como barrer en el desierto, una pérdida de tiempo. A Dolores lo que más le gustaba del mundo era presumir, ya fuera de hija, de frigorífico o del geranio que tenía en el balcón. Lo mismo daba. Estaba enganchada a la sensación de sentirse por encima de los demás. Y ya se sabe que lo de tener un bebé que llora poco está muy cotizado en el mercado. Sobre todo, en el mercado de Antón Martín.

—Oye, tres agujas enormes le han metido y nada —contaba Dolores como un pavo real—. Vamos, ni un mal gesto. El doctor no se lo podía creer, dice que es la primera vez que lo ve en su vida. Y eso que tiene más de sesenta años, no habrá puesto vacunas ni nada ese médico.

Y las vecinas respondían a coro con halagos de libro, cumpliendo al dedillo con su misión social, mientras se agachaban en un corro sobre el carrito.

—Qué maravilla.

—Ya se la ve, ya, que es buena.

—Una santa te ha tocado, qué suerte tienes.

—Oy, oy, oy, qué muslos tiene, mira, *pa* comérselos.

—Acucucucú.

Después, Dolores se volvía a casa cargada de orgullo y de tomates, mientras las vecinas se quedaban otro rato comentando. Faltaría más.

—Menos mal que le ha salido buena la niña. Imagínate si no criar sola a una hija nerviosa.

—Pobrecilla.

—Y del sinvergüenza de Iván no se sabe nada, ¿verdad?

—¡Qué se va a saber! Ése ya debe de estar en Cuba bailando la conga con alguna mulata.

—Chica, como esta mujer nunca cuenta nada...

Iván, el padre de Pepa, se había fugado de casa. En cuanto supo que Dolores estaba embarazada, desapareció. Se marchó, y lo hizo obedeciendo a todos los tópicos conocidos sobre la materia. Bajó a por tabaco un martes de mucho frío y no volvió. Nunca más se supo de él. Dejó el armario lleno de ropa y su libro a medio leer en la mesilla. Eso sí, la cuenta corriente la vació. Era un hombre muy guapo.

La abuela Irina y el abuelo José Ignacio vinieron a vivir con Dolores para ayudarle durante el embarazo y acompañar su dolor. Se sentían en la obligación de compensar de alguna manera los daños causados por la traumática fuga de su hijo. Además, sabían que Dolores tenía tendencia al melodrama y esto podía llegar a terminar en catástrofe, si no la vigilaban de cerca. Querían asegurarse de que su nieta nacía sana y salva.

Dolores lloró a Iván durante todo el embarazo, día y noche. Pero en cuanto empezó el dolor de las contracciones, el otro dolor desapareció para siempre. Muerto y enterrado.